



ALFREDO
GAVIN

CEREMONIAS
DE PASO



ESTOY ENTRANDO

Estoy entrando en el templo sin muros de la alegría,
poco a poco, con paso lento, convaleciente,
como aquel que entra en el agua del mar
y se santigua.

No hay allí pomposidades,
ni querubines ni estatuas
de sal o de pizarra.

Sus santos no proceden
de las celdas húmedas del martirilogio.

Lo inunda la hiedra del sol
y el ramaje de los vuelos.

Sus vidrieras tienen
el color danzante de los sortilegios.

Si digo que es luminosos y transparente y tan grande
que caben los campos, las montañas, los ríos, el mar,
los pueblos y las gentes,

es porque siempre va delante de mis ojos.

Tiene su rincón de penumbra y un pórtico
del que no pasan los pájaros del error.

Cuando estoy dentro
sé que no inflingeré heridas
ni sangraré mi corazón.

A veces está cerrado
y entonces me quedo fuera,
confundido con los mendigos y la lluvia

DEL AMOR QUE NO SE CONOCÍA

Subió a los trenes cuando yo bajaba.

Entraba en bares, cines, discotecas,
Cementerios, estudios, bibliotecas,
en el momento justo en que dejaba

yo esos sitios. Llevaba en su mirada
un secreto mensaje. Parecía
buscar alguna cosa. Yo salía
ignorando el candor de esa mirada.

Jamás, ni de soslayo, se encontraron
nuestros ojos. Si fuimos dos extraños
en los mismos lugares y en los años

transcurridos, fue porque se juntaron
muchas torpes desidias del destino.
Hallarla fue otro juego de mi sino.

HE DEJADO

He dejado la puerta de mi casa abierta
para que se entre por ella
toda la arborescencia
de una aurora sin consigna
y un latido sin penitencia.

Abierta y abierta
para que se vaya entrando
todo el bosque con su niebla,
la oruga, el zorro, el inspector
y la alimaña tensa,
para que pasen y vean
en un horizonte desnudo
las miradas que los reflejan,
el conmovido, el que tiene sed,
el que nada tiene y el que sólo sueña,

para que entren a la luz
de una lumbre dispuesta
y miren y se sienten y conversen y duerman
y digan que mi casa no es una casa
que mi casa es una ausencia,
un sencillo lugar de paso
como tantos en la tierra
donde no se discuten razones
ni se reparten sentencias.

SONETOS PARA TUS MANOS

Entrañables, medrosas y furtivas,
caracolas sumidas en la arena,
como el pan repartido de la cena,
tus manos son justicias primitivas.

Volátiles, ligeras, decisivas
y humildes como el grano de la avena,
penitentes del barro y la condena
se salvan de ternura y de tan vivas.

Germinadas de sol, suaves de luna,
generosas de aves liberadas,
náufragas, melancólicas, isleñas;

plácidas como el sueño de la duna,
esconden en su cuenco las amadas
verdades de las cosas más pequeñas.

JINETE SIN SOSIEGO

Jinete sin sosiego
por sendas desoladas,
qué buscas por los fríos
marjales de esta amarga
tierra que sin descanso
remueve sus entrañas.

Qué buscas en la noche
juntando las palabras,
minero de las nubes
de las sierras lejanas,
persiguiendo las huellas
de quimeras extrañas.

Husmeando como lobo
por ver la luna clara,
cernido por las sombras
preñadas de alimañas,
qué quieres de esta tierra
donde silban las hachas.

No oyes confundidos,
imberbe y sin coraza,
caballos reverentes
y espigas desbocadas,
líquenes de veneno
y amapolas sin ganas.

¡Huye, que no te entres
por estas tristes landas!
¿No sientes sus latidos,
no sabes que te aguardan
túneles de la muerte
y oscuridad sin alas?

Huye, amigo, que nadie
sabe tu sed tan rara.
Huye que si los filos
del aire se propagan

sólo quedará el rastro
sangriento de una espada,
y un cielo de marfiles,
y una tierra callada.